

**LA IGLESIA PARTICULAR
A LOS VEINTE AÑOS
DEL CONCILIO VATICANO II**

Reflexión teológica sobre
el misterio de la Iglesia

XII REUNION GENERAL DE VICARIOS DE PASTORAL.
MAJADAHONDA (MADRID). 5-8 de Mayo de 1986.

SECRETARIADO DE LA COMISION EPISCOPAL DE PASTORAL

Tercera ponencia

LA IGLESIA EN EL MUNDO PARA EL REINO

Marcelino LEGIDO

Sacerdote de la Diócesis
de Salamanca.

Intentamos ahondar el misterio de la Iglesia local, según los escritos apostólicos, y nos falta todavía un momento de su acontecimiento. La Iglesia del Señor está en el mundo, en un trozo del mundo: está en Corinto, o está en Jerusalén, o en Tesalónica. Y este lugar tiene un valor histórico-salvífico, no sólo en la geografía, sino por la escatología que sucede en la geografía. Con lo cual se nos plantea el problema del camino de la Iglesia "en el mundo para el Reino".

En estas exposiciones, nos proponemos escuchar, sobre todo, la Escritura, descifrada en el corazón de la Iglesia. Vamos a fijar nuestros ojos en el himno de Ef.1,3-14, donde habla la comunidad de cómo el Padre se ha propuesto recapitular el universo en su Hijo.

1. EN LA MESA DEL SEÑOR

Cuando la pequeña fraternidad se sienta a la mesa de la Eucaristía bajo el rostro del Cristo pascual es cuando descifra el enigma de la historia, de la humanidad y

del universo. En las manos del Señor, en el pan y en la copa que comparte, en su fraternidad, en su mesa, en sus pobres que sirven a la mesa, está el misterio de la historia descifrado en anticipada plenitud. Es El el que ha abierto los sellos que cerraban el libro de la historia santa y lo ha descifrado enteramente (cf. Ap.5,9).

La comunidad aclama al Señor crucificado, en el que "tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los pecados según la riqueza de su gracia" (Ef.1,7). El propósito de la voluntad del Padre, realizado en la plenitud de los tiempos, es recapitular el universo en Cristo. "Recapitulación" es una palabra que atraviesa el Concilio Vaticano II, tanto la Constitución "Lumen Gentium" como la "Gaudium et Spes".

Según la parábola que venimos presentando, el padre de una familia numerosa tiene un hijo mayor que le ayuda a construir la casa y a llevar la familia adelante. En los himnos aparece Jesús, el Señor, como el Primogénito, el "Primogénito de toda la creación", el "Primogénito de muchos hermanos". En El y por El, el Padre se nos ha dado y revelado "dándonos a conocer el misterio de su voluntad según su propósito de amor" (Ef.1,9). Misterio que hemos conocido cuando ha aparecido la gloria del Padre en el rostro del Hijo crucificado, que parte el pan a la mesa. Entonces hemos conocido, dice el texto la "oikonomía" (Ef.1,10), la economía del misterio que estaba escondido desde los siglos en Dios.

¿Y cuál es la "oikonomía" del misterio? Pues llevar adelante el "oikos", es decir, la familia, la casa. El Padre se había propuesto reunir en torno a su Hijo una muchedumbre inmensa de hijos a los que amara como le ama a él; los que le amaran a él como le ama el Hijo amado, en el Hijo amado, en la unidad del Espíritu Santo para alabanza de gloria de su gracia (Ef.1.6.12). Y precisamente para esta familia de hermanos se propuso construir este inmenso hogar de los cielos y de la tierra, como una casa inmensa según aparece en los relatos de Gn.1-2, una casa hecha para sus hijos. El Padre se propuso construir esta casa por manos del Primogénito, destinándola a que estuviera encabezada por El. En la economía de la plenitud de los tiempos, en la consumación, en el momento culminante del tiempo, donde su misericordia entrañable llega a plenitud, es decir, en la pascua y en la entronización de su Hijo, se ha propuesto recapitular el universo en Cristo, lo que está en los cielos

y lo que está en la tierra. (Ef.1,10).

Los estudios exegéticos revelan que la palabra griega "anakefalaiósasthai" tiene detrás dos palabras: una "Kefálaion" que significa resumen y otra "Kefalé" que significa cabeza. El Hijo Primogénito vendría a resumir el cosmos vendría a resumir la historia. Pero la resume reconstruyéndola y recreándola. En la palabra "recapitulación" hemos de descubrir, sobre todo, el sentido de encabezamiento. El Señor encabezando es "kefalé", cabeza, cabeza del cuerpo (Col.1,18a). El Primogénito lleva a plenitud el universo porque lo encabeza y lo recrea como mesa destinada a sus hermanos: le dio como cabeza del universo. En el texto, que tiene también resonancias litúrgicas de Ef.1,22-23 se dice que el Padre "le dio como cabeza del universo a la Iglesia". El es la cabeza del cuerpo, siéndolo de la Iglesia. Primogénito de la nueva creación, encabeza los nuevos cielos y la nueva tierra, la nueva casa compartida. Y lo hace para ser en verdad Primogénito de los hermanos, para reunirlos en la mesa de su amor donde se comparte El mismo a sí mismo para alabanza de gloria del Padre.

Por eso "Gaudium et Spes" al enfrentarse con la problemática del hombre de hoy hace una aclamación en el nº 10: Cristo muerto y resucitado por todos, luz y fuerza para que el hombre responda a su vocación, único nombre que nos salva, Señor, Maestro, Clave, Centro, Fin, Fundamento último, ayer, hoy y por los siglos. Este Concilio intenta hablar bajo la luz de este Cristo imagen del Dios invisible y primogénito de toda criatura para poder iluminar el misterio del hombre y encontrar así caminos para ayudar a resolver los desafíos más grandes que el hombre tiene planteados hoy. Nosotros nos encontramos con que la Iglesia peregrina en un pequeño lugar. Es la Iglesia en Efeso o en Filipos. El Señor que encabeza la pequeña comunidad encabeza también la tierra por donde la comunidad camina. Encabeza la historia del pueblo incorporando a sí sus angustias y esperanzas. El lugar de la Iglesia local es muy importante. Y no basta con la lectura sociológica de este lugar. Tenemos que hacer una lectura evangélica de qué significa ese lugar en el mundo donde la Iglesia local peregrina.

2. EL MUNDO ENTRE LA LUZ Y LA SOMBRA

Tenemos que hacer una contemplación del mundo que

incluye por supuesto los datos y los análisis, pero que los asume y los trasciende. Y cuando nosotros queremos leer el mundo por donde peregrina la Iglesia local recogiendo las perspectivas neotestamentarias, sobre todo de Juan y de Pablo, nos encontramos con que el mundo es un claro-oscuro, está entre la luz y la sombra. La lectura evangélica del mundo va más allá del pesimismo y del optimismo. Ni el pesimismo ni el optimismo parecen ser actitudes profundamente evangélicas.

¿Qué es el mundo? El mundo es una casa, el escenario donde hace camino la familia humana. Y este escenario ha salido de las manos de Dios como un hogar y como un camino. En el cosmos la humanidad hace su historia. Pero, como este mundo ha salido de las manos del Hijo, es un diseño del Hijo. Y si empleamos la teología de la gracia, diremos que es una gracia creada, una gracia incoada. Más que un valle de lágrimas o una naturaleza al estilo griego, es una creación de la nada, es decir, una gracia salida exhaustivamente de las manos del Padre, que son las manos de su Hijo primogénito.

Por eso canta el himno: "Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación porque en El fueron creadas todas las cosas" (Col.1,15-16). La comunidad de Colosas tiene miedo al mundo porque se está desencadenando la persecución de la segunda mitad del siglo I. Por eso aparecen subrayados en el himno los poderes cósmicos, ampliados en toda su aparatosidad. Pero hasta esa aparatosidad de los poderes cósmicos está sostenida por las manos del Primogénito. En El se mantienen todos los poderes que hay en los cielos y en la tierra: lo visible y lo invisible, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades" (Col.1,16). Pues sí, "todo fue hecho por El y para El" (Col.1,16). Increíble la preposición "para El". "Y El es antes que todo y todo se mantiene en El" (Col.1,17). En las manos del Primogénito. Todo se mantiene en El.

También canta así el prólogo de Juan (Jn.1,1-3). Jesús, el Señor, el Hijo amado del Padre es su Palabra. Existía desde el principio. Estaba junto al Padre, vuelto a sus entrañas. Desde el Padre se ha vuelto a nosotros. Todo fue hecho por El y para El y sin El no se ha hecho nada de lo que se ha hecho. Todo lo que se ha hecho, era vida en El. El Hijo a quien "hizo heredero del cosmos, por quien también hizo los mundos, el cual siendo resplandor de su gloria, marca de su ser es el que sostiene el universo con su palabra poderosa" (Hb.1,2-3). En todas las cosas está el diseño de.

Hijo. ¿Sabéis lo que es un diseño? Es un dibujo que todavía no está pasado a limpio. En la pascua se pasará. En la parusia se terminará de pasar. Por eso Francisco se asoma a las criaturas y las llama hermanas, pero no porque él lo sienta, sino porque lo son, se le meten por los ojos como hermanas. ¿Qué son si no un diseño del Primogénito? Y Juan de la Cruz cantaba "mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura y yéndolos mirando con sola su figura vestidos los dejó de su hermosura".

El Vaticano II retoma la perspectiva bíblica del hombre en el mundo frente a la visión de la Edad Media del hombre sencillamente como "viator" o de la Edad Moderna del hombre como "imperator". El mundo no es sólo la tierra de paso, ni tampoco sin más tierra del señorío del hombre. El mundo es una gracia creada salida de las manos del Padre, que son su Hijo. Y de ahí la autonomía de las realidades terrenas, que sostenidas en las manos del Hijo tienen su propia consistencia. Descubrimiento admirable. El hogar y la humanidad en él no son realidades independientes ni absolutas. Pero tampoco son polvo y ceniza. Son gracia creada, incoada. Ahora bien, el hogar lleno de luz se ha convertido en un campo de guerra. En ese sentido ha pasado de la luz a la sombra y se ha ensombrecido. ¿Cómo se ha ensombrecido el mundo? El Génesis lo explica muy bien. Porque el hombre se cerró al amor. Primero desobedeció al Padre (Gn.3,6) y después asesinó al hermano (Gn.4,8). El pecado como cerrazón al amor es un pecado radicalmente de desobediencia que lleva consigo el asesinato o, por decirlo con las palabras del Apóstol, de idolatría que lleva consigo, inmediatamente, a la opresión. El hombre se ha cerrado al amor del Padre en la idolatría; después se ha vuelto al hermano, ha intentado apoderarse de sus cosas, apoderarse de su vida, darle muerte y, precisamente por eso, lo que era un hogar de luz se ha convertido en campo de guerra con un muro de separación.

Pablo ha contemplado esto de una manera muy profunda. Este pecado que hay en el corazón del hombre y que radicalmente es un pecado personal, ha entrado en el mundo y se ha convertido en pecado cósmico, en pecado estructural. La situación económica, social, política y cultural está ensombrecida por el pecado estructural, el pecado del mundo. Y este pecado del mundo revierte sobre el hombre y le provoca a cerrarse todavía más en la carne que no es la sexualidad, sino la existencia cerrada en sí misma.

¿Cómo se ha ensombrecido el mundo? Porque "por un hombre entró el pecado en el mundo" (Rm.-5,12). El hombre se ha cerrado al amor; este hombre, curvado, cerrado al

amor, se ha construido un mundo con un muro de separación donde unos tienen el dinero, el poder y la cultura y otros no tienen ni el dinero, ni el poder, ni la cultura. Es verdad que todos están cerrados al amor, pero entre ellos hay un muro de división, que divide a unos que hacen más el oficio de verdugos y otros a los que toca la suerte de ser víctimas. Por tanto, la esclavitud y la enemistad que nacen en el corazón del hombre se han convertido en estructuras históricas, estructuras cósmicas. Si desconocemos esta implicación entre pecado personal y colectivo, la Iglesia, en su peregrinación hacia el reino, no alcanza una contemplación suficientemente honda y fiel de la historia desde el Evangelio. La tierra por donde la Iglesia local hace camino es una tierra de luz y de sombras, encadenada a la vez por el pecado personal y el colectivo. La tierra por donde peregrina la Iglesia local es una tierra en sombras de muerte. El hombre está hecho para amar, y si se cierra al amor, se muere. Por eso el hombre se va rompiendo en el dolor y acaba roto enteramente en la muerte. Lo que era un hogar se ha convertido en un campo de guerra, "con un muro de separación" (Ef.2, 14). A una y otra parte del muro, la humanidad, como escuadrones de esclavos, se disputa el tener y el poder. Y todos caen muertos en el muro, en las sombras de la muerte.

La creación entera fue sometida a la anulación no porque quisiera, sino por el hombre que la sometió (Rm. 8,20). El Padre había puesto todo en manos de los hombres como hijos y señores del cosmos y, por eso mismo, la creación se ve sometida, muy a su pesar a la servidumbre de la corrupción. Pero con la esperanza de tomar parte de nuevo en la libertad gloriosa de los hijos (Rm.8,21). Con lo cual este mundo ni es un valle de lágrimas ni es un paraíso. Es una gracia desgraciada que no está aniquilada por entero, pero sí está desfigurada. Es un mundo con gérmenes y con gemidos. Con gérmenes que esperan la liberación (Rm.8 22-23). Realmente, si no contemplamos el mundo así podemos recaer o bien en la perspectiva medieval o en la perspectiva moderna que debe también ser superada.

3. BENDITA LA MAÑANA QUE ANUNCIA TU ESPLENDOR AL UNIVERSO

En esta contemplación que estamos haciendo del claro-oscuro del mundo, donde se ve una tierra de pecado, de dolor, de injusticia, de opresión y de muerte, la estamos haciendo precisamente, desde la pascua del Señor. El Señor ha hecho

su pascua y ya en su pascua se ha iniciado la pascua del mundo, como canta el himno: "Cristo, alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre, bendita la mañana que anuncia tu esplendor al universo". En realidad, el día primero de la creación es el día de pascua. En la noche pascual, cuando se ve al Cristo con los brazos extendidos, es cuando se lee la historia santa que va de Génesis a Apocalipsis, y allí se descifra mirando para atrás y para adelante lo que es realmente el cosmos: "Cristo, alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre, bendita la mañana que anuncia tu esplendor al universo". Porque, efectivamente, Dios ha amado tanto al mundo que le entregó a su Hijo único" (Jn.3,16). "¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡Para rescatar al esclavo, entregaste al Hijo! ¡Oh noche santa en que se junta el cielo con la tierra, lo humano y lo divino! Esta es la noche en que la humanidad pasa de la esclavitud a la libertad, de la enemistad a la reconciliación". Esta es la noche en que el mundo ya, ahora, ha pasado y pasará para siempre de la esclavitud a la libertad porque el destino del cosmos ya lo arrancó el Padre de nuestras manos y se lo pasó al Pantocrator. "Cristo ayer y hoy, principio y fin, alfa y omega, cuyo es el tiempo y la eternidad. A El la gloria por los siglos".

¿Cómo vamos a tener nosotros una tristeza desesperada sabiendo que el cosmos ya está en las manos del Hijo, entregado en favor de los hombres? El Hijo muere en el muro de separación y allí, al morir, derriba el muro en su cuerpo. Llevando nuestros pecados en su cuerpo, haciéndose pecado por nosotros (II Cor.5,21; Rm.8,3), rompe el muro de la separación. El es la puerta de acceso. Abre la puerta de acceso al Padre y a los hermanos. Y la cruz se convierte en mesa y el madero de los criminales en la silla del Primogénito que preside la mesa para encabezar la marcha. Es entonces cuando se descubre, verdaderamente, el enigma resuelto de la historia. El Padre "nos ha liberado del dominio de las tinieblas y nos ha hecho pasar al Reino del Hijo de su amor en quien tenemos la liberación, el perdón de los pecados" (Col.1,13-14). "El es el principio, primogénito de entre los muertos para ser él mismo quien inicie todo" (Col.1,18b); la novedad y el pionero de toda novedad. Admirablemente, sin que sepamos cómo, el Espíritu del Señor en la pascua, ha incendiado el cosmos, la creación entera, aunque este misterio de amor sólo sea reconocido en su Iglesia (cf. G.S. 22).

El crucificado Señor de la gloria ha alentado el

Espíritu de su Pascua en el cosmos, en la humanidad. Está incendiando ya la historia entera. El mismo Señor será quien lo inicie todo. "Porque en El tuvo a bien el Padre que habitara la plenitud de su gracia y reconciliar por El y para El todas las cosas, haciendo la paz por la sangre de su cruz, en lo que hay en los cielos y en lo que hay en la tierra" (Col.1,19-20).

Este texto del himno comunitario ha sido retomado por la comunidad paulina que ha completado los acentos, con dos sencillas añadiduras. "El es la cabeza del Cuerpo: de la Iglesia " (Col.1,18a). El es la Cabeza del Cuerpo, siéndolo en la Iglesia y El ha realizado la liberación "por la sangre de su cruz" (Col.1,20b). La mediación de la Iglesia y la teología de la cruz. Realmente la recapitulación del cosmos tiene que atravesar esa misma senda de la cruz que se anticipa ya como don en la Eucaristía. "La sangre de su cruz", ahora en su cuerpo, en el cuerpo de su carne, se nos entrega en la mesa. "Gratis, en su gracia, por la liberación que se ha realizado en Cristo Jesús a quien puso como víctima de propiciación en su sangre para la manifestación de su justicia" (Rm.3,24-25). Y el don de su pascua se ofrece como senda de su Iglesia para el Reino. Esta es la justicia del reino de Dios. A veces la nivelamos con la justicia distributiva, que dicen los códigos de las civilizaciones humanas. Pero es una absoluta novedad que asume y transfigura todas las mediaciones. Es la liberación y la reconciliación escatológicas anticipadas ya en la historia. Están entregadas en la mesa, de donde parte el camino de la Iglesia peregrina en el mundo. Siempre "por la sangre de su cruz".

Pero esta mesa que está puesta ya, todavía no está consumada. Por eso, la comunidad de Jesús al terminar de acoger el memorial de la pasión gloriosa del Señor hace una aclamación. Se pone a mirar hacia el pasado y dice "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección". Porque ese pasado se ha hecho presente. Y después se pone a mirar al futuro, futuro que se ha anticipado ya en la mesa. grita: "Marana tha". "Ven, Señor Jesús". Estamos ya en la mesa del Reino. En el Reino no tendremos más que lo que tenemos en la Eucaristía, sólo que desveladamente y con el cosmos y la humanidad incorporados; pero ya nos dio por entero el don del Hijo. ¿Qué podemos tener más que su misma pascua convertida en mesa?

Naturalmente, la pequeña comunidad de Jesús que ac

ge este memorial y se siente incorporada al Cristo pascual en la unidad del Espíritu Santo, en seguida se da cuenta que los brazos del Primogénito que acogen no se pueden cerrar sobre la Iglesia. Es verdad, se cierran por un momento sobre la Iglesia, pero después se abren al cosmos. Y al abrirse estos brazos sobre la humanidad y sobre el cosmos, la Iglesia se ve expropiada, reenviada, descentrada de sí por la misma Eucaristía que la ha acogido, que la ha incorporado que la ha constituido. De ahí que en las plegarias eucarísticas, en las cuatro que son tan bellas: la 2ª de Hipólito, la 3ª de la tradición más bien latina y la 4ª la plegaria eucarística de Basilio, contando con la 1ª, el canon romano de la época de Ambrosio y Agustín, todas insisten realmente en que esa cena tiene que reunir a todos los hijos dispersos por el mundo: "Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino y allí con toda la creación, libres ya de pecado y de muerte, te glorifiquemos por Cristo Señor Nuestro por quien concedes al mundo todos los bienes".

El Señor, a la cabecera de la mesa, ha extendido los brazos y ha acogido y entrañado a su Iglesia, a la humanidad y al universo. Después se ha vuelto detrás de todos para meterlos en las entrañas del Padre. Por Cristo, con El y en El. Se pone detrás y nos adentra en el Padre. Hace posible que digamos: Padre nuestro. Pero El también abre la entrada hacia los hermanos y hace posible que nos demos el ósculo de la paz, el beso santo. Después de haber entrado juntos en las entrañas del Padre y en las entrañas de la fraternidad, se canta el título cristológico más repetido en toda la Eucaristía: Siervo entregado, Cordero de Dios, amado siervo Jesús, tú que quitas el pecado del mundo, tú que quitas el pecado del mundo (cinco veces se repite en la Eucaristía esta aclamación) como para expropiar a la Iglesia de sí misma. Al aclamar al Siervo Jesús, al bien amado Siervo Jesús, como dice la plegaria de Hipólito, "que extendió sus brazos en la cruz y así adquirió para el Padre un pueblo santo", la Iglesia se ve así enviada al mundo, para entregarse en la misma entrega de Jesús por su liberación y reconciliación.

La Iglesia local, al igual que la Iglesia universal, no es recinto de bienaventurados que se evaden del cosmos para disfrutar el encanto de la intimidad. Eso sería prostituir profundamente la Eucaristía y la comunidad eclesial. La Iglesia es una mesa que se pone en una tienda de campaña a plena intemperie, bajo los cielos y la tierra, en el cora-

zón de la humanidad y de la historia.

Realmente, es allí donde se escuchan los gritos de la creación entera que gime por su liberación y reconciliación. Porque no se descubre la libertad desde la opresión, sino al revés, se descubre la opresión desde la libertad. Desde la mesa de la Eucaristía se comprende la hondura de la opresión del mundo y de los hermanos. Desde la mesa de la Eucaristía, donde se experimenta la fraternidad, se descubre la hondura del enfrentamiento, del muro de la separación. Por eso nuestros análisis del cosmos no pueden ser sólo los de una escuela de sociología. Habría que cambiar el refrán que dice: "ojos que no ven, corazón que no siente". Todo lo contrario: "corazón que no siente, ojos que no ven". Y si el corazón de la Iglesia siente con las entrañas de Cristo ¿cómo no va a penetrar con mayor luz los acontecimientos del cosmos, tanto en su opresión y en su enfrentamiento como en los caminos de su liberación y de su reconciliación?

El texto de Rm.8,20-25 es probablemente un texto cuyo puesto en la vida es la Eucaristía. En torno a la mesa se descubre que la creación entera, hasta ahora, sufre dolores de parto. El cosmos es el seno donde está naciendo: la humanidad sólo, sino la humanidad nueva, no sólo la humanidad del hombre libre, responsable, solidario, comprometido, sino la humanidad del hombre que es hijo y es hermano y es imagen del Primogénito. El hombre nuevo que es servidor del mundo y hermano de los pobres. "Y también nosotros que hemos recibido las primicias del Espíritu, gemimos en nosotros mismos". De ahí que la Iglesia se siente empecetada con el mundo, pobre con el mundo, peregrina con el mundo, como si las sombras del cosmos se hubieran metido en la Iglesia. Que también nosotros gemimos en nosotros mismos, suspirando por la adopción, la liberación de nuestro cuerpo que no solamente es el personal, sino el cuerpo eclesial y el cuerpo cósmico: ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte? (Rm.7,24). Y es que la mesa de la Eucaristía es la pequeña comunidad que está allí, siente que su cuerpo es su carne y sus huesos es la Iglesia universal, y el pueblo y la tierra, y los pobres. Y como son su cuerpo, pues como una madre o un padre siente naturalmente (I Tes.2,7-11). ¿Qué es un hijo? Pues las entrañas de un padre que han salido fuera. Así es el cosmos y la humanidad para la Iglesia sus propias entrañas. Al amar a la humanidad y al unirse en las entrañas de Cristo (Flp.1,8), la Iglesia podrá verdaderamente sentirlos como sus propias entrañas (Flm.12).

Por tanto, se hace ya inviable para nosotros la tentación del eclesiocentrismo, de la mirada sobre sí. Porque la involución no es la mirada al pasado, sino dejar de mirar al Señor. Mirar sobre sí, recaer sobre sí. Con lo cual, corremos el riesgo de quedar abandonados a los deseos de nuestro corazón (Rm.1,24). Tanto la involución eclesiocéntrica de conservarse asegurando posiciones en el mundo, como la inserción en el mundo como una reducción cosmocéntrica, como si la Iglesia fuera para el mundo, sin más, se hacen inviables.

Qué trampa haríamos al mundo si, realmente, ofreciéramos "nuestra gracia" para que solamente fuera una dinamización de los procesos alternativos del cosmos. Qué gran pérdida para el mundo, si no le ofreciéramos la gracia del Primogénito que murió como siervo entregado por la salvación del mundo, inaugurando la única y absoluta novedad.

Ni la involución eclesiocéntrica ni la reducción cosmocéntrica son la verdadera aportación de la Iglesia al camino de la recapitulación del cosmos. Es desde el Señor, en sus huellas, donde la Iglesia peregrina en el mundo puede caminar para anticipar e irradiar el Reino. Y la Eucaristía que la reúne, la incorpora y la entrafia en el mundo, esa misma Eucaristía convierte a la Iglesia en un grupo de peregrinos, extranjeros y residentes al tiempo. Su camino será una peregrinación y la itinerancia la mejor forma de inserción. Porque ¿qué es el cosmos sino una larga itinerancia, un camino de salida y de entrada, desde las entrañas del Padre a las entrañas del Padre?

La verdadera transfiguración del cosmos sucede cuando la Iglesia, más que asegurar posiciones históricas, se convierte en un grupo de hermanos en tiendas de campaña que, cantando el cántico nuevo desde los dolores y angustias de los hombres, hace una peregrinación que anticipa el último día, inaugurando la novedad de Jesús para que todas las cosas puedan ser nuevas.

Me parece que éste sería el verdadero sentido del acento del Sínodo sobre la teología de la cruz. Nos parece que en las dificultades actuales, Dios quiere enseñarnos de manera más profunda el valor y la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo. Por ello hay que aplicar a la luz del misterio pascual la relación entre la historia humana y la historia de la salvación, que no es la Iglesia para el mundo, sino que es la Iglesia para el Reino.

Ciertamente la teología de la cruz no excluye en modo alguno la autonomía y la claridad de la creación y de la encarnación, la presupone. En esta perspectiva pascua que afirma la unidad de la cruz y la resurrección, se discierne el verdadero y falso "aggiornamento". Se excluye la merced fácil acomodación que llevaría a la secularización de la Iglesia, por la derecha o por la izquierda. Y se excluye también la cerrazón inmovilista de la comunidad de los fieles en sí misma. Por lo contrario se afirma la cruz gloriosa la que nos libera, la que nos entrafia, la que nos expropia. Se afirma la apertura misionera para la salvación integral del mundo. En el misterio pascual no sólo se aceptan los valores verdaderamente humanos, sino que se defienden fuertemente. En el misterio pascual se acepta la gracia creada la gracia incoada, y se defiende fuertemente. Porque en el misterio pascual la creación ha sido agraciada con la Gracia de la pascua. La Iglesia avanza así más a fondo a defender la dignidad de la persona, los derechos fundamentales de los hombres: la paz, la libertad de las opresiones, de la miseria y de la injusticia. Pero la salvación integral sólo se obtiene si estas realidades son elevadas a la familiaridad con Dios por Jesucristo en el Espíritu. Este texto centra que no niega en absoluto, sino que ahonda o llama a ahondar los textos de "Gaudium et Spes", permiten ver hasta qué punto estamos ahora a punto de comprender una nueva relación entre escatología e historia, entre gracia y libertad, que no va a ser la misma de Agustín, ni la de Lutero, ni la de los teólogos de Salamanca, sino algo que "Gaudium et Spes" encierra germinalmente: un nuevo encuentro entre la gracia de la pascua y la gracia de la historia. La Iglesia, en este nuevo Pentecostés, retomará las dos tradiciones: la tradición oriental, donde la gracia no se veía tan desfigurada como la veía S. Agustín, y al mismo tiempo la tradición occidental donde se ha visto la desgracia de la gracia y el gemido por la libertad. De esta forma recuperamos en plenitud los testimonios sobre el encuentro de la gracia y la libertad en el Nuevo Testamento. El Señor regalará a su Iglesia un puñado de testigos que realicen su paso en estos tránsitos -como fueron los testigos del siglo XVI y los del siglo V-. Los testigos serán el desvelamiento corporal de esta nueva invención histórica que ciertamente será inédita, y que es empezando ya a germinar.

4. LAS SENDAS DE LA NUEVA CREACION

El Concilio Vaticano II ha sugerido para la Iglesia la senda de la novedad. Al concentrar su mirada en Jesús como Señor y como Primogénito, pone en primer plano la cristología de Jesús como hombre nuevo, como germen de la nueva humanidad y de la nueva creación para abrir así este camino nuevo de la historia. Por tanto, tenemos que agradecer el pecado, tenemos que agradecer el dolor, tenemos que agradecer la injusticia, tenemos que agradecer la muerte.

Sí, estamos en un momento en que la gracia de la pascua por la Iglesia se está desbordando sobre la creación para la liberación y la reconciliación del cosmos. Es una hora para la novedad. Parece que esta novedad se está estrenando sobre todo en las Iglesias del Tercer Mundo de una forma muy singular. Pero se tiene que estrenar también en Europa donde se da hoy el desafío mayor a la evangelización que nunca jamás se había conocido. El Santo Padre en su discurso a los obispos del Simposio les decía: "Realmente, nunca el Evangelio había tenido un desafío como el que tiene hoy en Europa" En el Tercer Mundo, lo tendrá pronto porque la estrategia del consumo va a sustituir a la estrategia de la seguridad nacional y pronto los equipos estereofónicos del Primer Mundo y nuestro consumo invadirá las cuevas de Africa y de América latina. De momento, a nosotros nos corresponde este pequeño servicio: ofrecer una pequeña respuesta, pero ha de ser una respuesta en novedad. Ha llegado una hora de paganismo en Europa, de paganismo poscristiano. El Sínodo y el Simposio y el Congreso de Evangelización nos llaman a una nueva evangelización. Sería bueno comprenderla como transfiguración, como innovación (cf. "Evangelii Nuntiandi", "Testigos del Dios vivo") del hombre, de la comunidad y del cosmos. Una evangelización que no abarque sólo el anuncio de la palabra, sino el servicio de los pobres y el trabajo por la justicia. Todo ello como gesto de un mismo camino de evangelización.

Hay que volver a la novedad de Jesús en el anuncio del Evangelio para agradecer el pecado. Donde haya pecado hay que poner anuncio del Evangelio, que es la gracia que hace posible la conversión. Hay que volver al Evangelizador. ¿Quién es el Evangelizador? Jesús, es el único Evangelizador. Nosotros no somos más que presencia suya. El es el Evangelizador y el Evangelio. El evangelizador evangelizado. Hay que volver a su Evangelio. ¿Y cuál es su Evangelio? El

Evangelio del Reino que es el Evangelio de la Pascua de Cristo. Hay que volver a las sendas de su evangelización. ¿Y cuáles son las sendas de su evangelización? Pues el anuncio, por las sendas del mundo, en las mismas huellas de Jesús, del Reino sucedido en la pascua. Anuncio que es fuego, porque la Palabra es Espíritu Santo. Anuncio para convertir, para convocar, para congregar. Antes de "Catequesi Tradendae" debemos situar "Evangelii Nuntiandi". Antes de catequizar a los no creyentes, tenemos que pregonar el kerigma integralmente, audazmente, incesantemente. En la Iglesia europea se constata una desproporción entre catequesis y evangelización, entre "kerigma" y "didaché". Siempre se había pensado que la tarea de la "didaché" era descifrar lo que se cree. Es verdad que catequizando también se puede evangelizar, pero debemos acentuar enérgicamente la proclamación del "kerigma" que convierte al Señor. De él nace la experiencia de la fe, de la esperanza y del amor. El anuncio del Evangelio reúne la comunidad: convierte, convoca, congrega. ¿No estaríamos en tiempo de una nueva convocación? Así la comunidad se incorpora al Señor en la Eucaristía para ser enviada al mundo. De esta forma volvemos a la evangelización de la primera hora, que fue inauguración de una humanidad nueva, como fermento y alma del mundo.

Además de agraciarse el pecado que se esconde en el corazón del hombre con el anuncio del Evangelio, hemos de agraciarse el dolor de los pobres con el servicio del amor. El servicio de los pobres en la novedad de Jesús, no es algo que se sobreañade a la evangelización, es el signo que atestigua la palabra porque siempre la palabra se hace signo que habla. Agraciarse el dolor con los nuevos signos de Jesús, pero hechos de una forma nueva. El está vivo y hoy la Iglesia podría hacer los mismos gestos pero de una forma inédita: "los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les da el Evangelio (Mt.11,5; Lc.7,22). La lista de los signos culmina en los últimos: resucitar a los muertos y dar el Evangelio a los pobres. Así cada Iglesia local tendrá que ver en su geografía dónde está la basura, dónde está el no ser, para sembrar allí desbordantemente la gracia.

"Mirad hermanos vuestra vocación" (I Cor.1,26). La nueva creación de la pascua lo mismo que la primera creación se hace en el caos, se hace en la nada, sembrando la gracia en la nada, derrochando la gracia sobre el no ser, para desarticlar lo que es (cf. I Cor.1,27-28). Supone en realidad

volver a los signos mesiánicos de Jesús, que van más allá de la beneficencia y de las grandes plataformas históricas que El no tenía. La novedad del servicio de los pobres estará en curar sus heridas de dentro afuera, movilizándolo el corazón y las rodillas, dar palabra al corazón y a los labios, dar oídos al corazón. Es decir, poner a los pobres en pie como hombres nuevos, incorporarlos a la comunidad y que sean, como el paralítico de la puerta hermosa, clamor del Reino (Hch.3,7-8). Al lado de los apóstoles, ellos, prestan también su voz para el clamor del Reino. Señal de que ha amanecido verdaderamente la nueva humanidad y la nueva creación.

El Vaticano II ha subrayado que este servicio a los pobres hay que hacerlo siendo pobres con ellos. El capítulo sobre la pobreza de la Iglesia en el Concilio que aparece en el capítulo 8 de la "Lumen Gentium" es un camino cristológico. La Iglesia no tiene que hacerse pobre porque haya pobres, sino porque fue pobre su Señor. Y la pobreza de su Señor fue una bajada, un despojo y un vaciamiento. Los textos de II Cor.8,9: "siendo rico se hizo pobre" y el texto de Flp.2,6-7: "existiendo en la forma de Dios... se vació tomando la forma de siervo", unido a Lc.4,18: "me envió para evangelizar a los pobres" son el tejido bíblico que ilumina este capítulo admirable cuya luz, en el aliento del Espíritu, se ha desbordado admirablemente en toda la Iglesia extendida por la tierra.

La Iglesia pobre para servir a los pobres, porque la Iglesia es el rostro de Cristo para los pobres, y los pobres son el rostro de Cristo para la Iglesia. Y cuando estos dos rostros se completan es cuando aparece ante el cosmos el rostro iluminado y luminoso del Señor: el sacramento universal de salvación, la fraternidad universal. Esto nos arranca de cualquier tentación de mundanizarnosla y nos sitúa en el éxodo hacia la tierra nueva porque con los pies descalzos podemos ir más lejos de donde habíamos sospechado.

El Santo Padre insistió en la homilía de Navidad de 1984, cuando el documento sobre la teología de la liberación, en aquel texto admirable de la homilía: "En ti, que te has hecho pobre por nosotros, la Iglesia desea encontrar de nuevo la fuerza de la bienaventuranza de los pobres, de los pobres de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos, y desea permanecer fiel. Con la fuerza de esta bienaventuranza desea transformar a los hombres, a la sociedad y a los sistemas. Desea construir 'la nueva tierra y

los nuevos cielos', en los que habitan la justicia y la paz".

Pero no nos bastaría sólo para evangelizar con agraciarse el pecado, con el anuncio de la palabra y agraciarse el dolor con el servicio del amor. Hay que agraciarse la injusticia. Hay que agraciarse la opresión, hay que agraciarse la manipulación cultural con la gracia de la justicia, de la libertad y de la verdad del Señor mediados en la historia escatológica.

La novedad de la mesa del Reino no se puede poner si no se transfigura el mundo porque se trata de tirar en verdad el muro de separación que separa a los grandes de los pequeños, se trata de arrancar todas las cadenas y esto necesita cambios audaces, mediaciones socioeconómicas, sociopolíticas y socioculturales audaces, que serán obra de los laicos, pero no sólo de ellos.

La transfiguración escatológica del mundo es obra, sobre todo, de los laicos. Ellos son el fermento, que actúa desde dentro de las estructuras. Pero con ellos estamos nosotros. Los laicos necesitan esperar de nosotros un profetismo apostólico más arriesgado y martirial. Pero también los religiosos habrían de hacerse a éxodos increíbles. Fuera de sus obras acostumbradas, a los lugares últimos, dado que el Señor suele situar la vida religiosa en el basurero de la pobreza o en el monte de la contemplación para rastrear nuevos gestos de gracia para la humanidad peregrina. Presbíteros, laicos y religiosos, todos, en fraternidad apostólica, habremos de hacernos al camino del nuevo éxodo.

La Iglesia, al terminar la modernidad, puede sentir la pesadilla de que las dos grandes revoluciones históricas se han hecho como estando de espaldas. Es un hecho histórico que está ahí, lo cual no quiere decir que el Evangelio no haya estado presente alentando el avance de la historia. El Señor siempre actúa en la historia por medio de la Iglesia, desde la mesa donde parte el pan y la copa. En ella preside y de ella parte a la cabecera del camino, seguido por los hermanos que más se dejan arrastrar por su amor. El siempre actúa por la Iglesia. Pero unas veces camina con ella y otras sin ella. Siempre por ella. En ella está el registro de los pueblos. En ella, el manantial de las fuentes. Siempre santa y siempre en camino de conversión. De aquí que en ocasiones no se vea tan claramente, en sus huellas, el paso del Señor que encabeza en ella la historia humana entera. La historia de la modernidad es sugerente en este sentido.

Ahora se comienza a hablar en la Iglesia de la "civilización del amor". No sé yo si desde mipequeño rincón comprendería lo que se quiere decir con esta palabra que todavía me parece que no está suficientemente estudiada. La modernidad ha tenido dos grandes revoluciones históricas. En primer lugar, la revolución de la burguesía que fue hecha por la clase media al grito de la libertad y que dio origen a la así llamada democracia. Fue un intento de apropiación de la historia, de apoderamiento de la historia, de legitimación de este apoderamiento, que ha desembocado en el imperialismo del dinero: las multinacionales, la nueva tecnología, los medios de comunicación social. Proceso histórico que fue alentado por un humanismo prometeico de corte renacentista, inspirado en el humanismo griego, aunque fecundado por la herencia cristiana. En la revolución de la libertad se pretende la autonomía humanizadora. Que el hombre llegue a ser él mismo, por sí mismo, y esto con la propiedad privada. Esta revolución histórica se ha encumbrado sobre la historia a la toma del poder, haciendo a la humanidad, sobre todo al tercer mundo, una sencilla propuesta: o se coloca en la pirámide o se pudre en la destrucción.

La segunda revolución histórica que ha conocido la humanidad es la revolución así llamada socialista que es un proceso muy parecido al anterior, es un contragolpe. Intentó dar la vuelta a la pirámide, un contragolpe de apropiación, de apoderamiento y de legitimación. (Todo esto lo digo como un sencillo apunte, como una pista para el diálogo, más bien que como anuncio del Evangelio).

Me parece que esta segunda revolución la ha hecho la clase obrera al grito de la justicia y ha terminado en el así llamado socialismo, con el mismo humanismo prometeico del renacimiento, pero ya no para buscar la autonomía individual, sino la autonomía de clase, de grupo, con la propiedad colectiva. El ascenso de "los protagonistas" de esta revolución histórica al vértice del poder, la necesidad de las nuevas tecnologías importadas de los Estados Unidos, las nuevas clases, la entrada del bienestar, el empalme de los dos bloques de Estados Unidos y de Rusia, nos hace pensar que el resultado de la revolución histórica tampoco ha sido el deseado. La tierra se resiste a ser un paraíso. También aquí se hace la misma propuesta: o uno se integra en el imperio o queda excluido y eliminado.

Lo paradójico es que en los últimos años -sospecho que el Santo Padre lo ha visto con mucha claridad- se han

borrado las diferencias entre Este y Oeste y se ha abierto la diferencia abismal entre Norte y Sur. Se ha pasado de la estrategia de la seguridad nacional a la estrategia de las democracias formales. Se ha pasado de la cultura de la autonomía personal -Heidegger, Sartre- y autonomía colectiva -Marx- a la cultura del bienestar. -Darwin, Freud, Nietzsche-. Estamos en la fiesta de la vida. Con esta fiesta, los que dirigen la historia pretenden continuar atentamente en favor suyo el proceso histórico de la modernidad, en un proceso prometeico nuevo, que se presenta como el progreso para el bienestar. Pero el riesgo se está haciendo patente. El hombre puede ser reducido a lo instintivo en un cambio metafísico. El nuevo paso no iguala el ser al tener, sino el ser al bienestar. Uno se es cuando está bien. Con lo cual se crea un inmenso vacío al cual se tiene horror. No podemos soportar el silencio y la soledad. Se nos sugiere que no intentemos adentrarnos en el vacío inmenso. Somos provocados a vivir la existencia en instantes anecdóticos y periféricos. Y saltar sobre ella en vértigo hasta que quedemos rotos como muñecos de plástico en cualquier carretera del mundo.

La pregunta es si, realmente, estos procesos históricos de la modernidad tienen que ser reajustados o la modernidad termina y hay que iniciar una época histórica nueva. Si miramos ahora esos dos procesos, vemos que los dos están simbolizados por una misma imagen: el puño que se cierra. Es decir, la apropiación. La humanidad ha intentado hacer la historia en una aventura de apropiación personal o colectiva. Para la apropiación hay que tomar el poder y para asegurar el poder, hay que legitimarlo. Ahora bien, así siempre hay verdugos y víctimas. Por eso al terminar la modernidad, descubrimos que los dos procesos, convergentes, se esfuerzan por anular los intentos de innovación que aparecen en la historia desde los pobres y que podían desestabilizar sus posiciones. De hecho, están anulando con unas migajas de bienestar la lucha obrera del hemisferio Norte. Y frenando con la venta de armas, los procesos revolucionarios del hemisferio Sur. El Norte debate sus problemas en el Sur armando a los que quieren ir más allá de sus propias alternativas y resolviendo lejos los conflictos que se debaten en el Norte con la sangre de otros. Las alternativas históricas que hasta ahora habíamos encontrado, y que aportaron muchas luces y valores a la aventura humana, parecen devoradas y anuladas por el mismo sistema que las engendra. Parece como si la apropiación, el apoderamiento y la legitimación no pudieran abrir ya sendas de nueva novela.

Es ahí donde yo creo que como un horizonte de esperanza

se situaría esta palabra "civilización del amor", una historia nueva, unos procesos históricos nuevos que corporeicen históricamente la gratuidad que es lo único que no se digiere en el comercio de la sociedad de consumo. Todo lo demás se digiere; sólo la gracia, sellada con la sangre, no se puede integrar ni anular. ¿Cómo realmente adivinar una nueva economía, una nueva sociología, una nueva antropología, una nueva metafísica? El Señor ha prendido fuego en su Iglesia. En sus tiendas de campaña, los hermanos, sobrecogidos por el rostro del Cristo pascual, pueden hacer un diálogo de la fe la cultura, y también de la fe y la justicia, y pueden atreverse a ensayar caminos nuevos, inéditos hasta hoy para corporeizar la gracia de la historia fecundando la civilización. Estamos ante una nueva salida. En lugar de intentar sostener lo moderno con tanto esfuerzo, con tanto dolor, ¿no podríamos salir al encuentro de la humanidad y del universo, que gimen esperando la liberación y la reconciliación?

Quisiera decirlo con una expresión muy gráfica. Yo sospecho que el Señor está abriendo caminos desde el Sur. Allí están sus pobres. No sé si recordaréis en los días del Corpus Christi, en los pueblecitos -me imagino que en toda España-, al paso de la procesión del Cuerpo del Señor, algunas veces, hay alguien que ha ido al campo, ha traído unos tomillos y los ha tirado en la calle. ¿No podría la Iglesia del Señor en Europa tirar unos tomillos a esta gran procesión que se prepara desde el Sur para abrir camino nuevo a la historia? Que por lo menos cuando pase el Señor desde el Sur encuentre que hemos hecho unos gestos pequeños, pero que empalman con ese latido profundo de la nueva salida histórica. Tal vez estos gestos humildes de nueva creación germinarán también entre nosotros allí donde estén los pequeños. Aunque sus casas estén un poco ruinosas, tal vez el Señor ponga en pie puñados de hermanos, en distintas encrucijadas, que puedan, en el Espíritu, corporeizar de nuevo la historia de la gracia, abriendo agujeros en el muro. Que alguien arroje los tomillos, aunque desaparezca. Como los hombres y mujeres que van a buscarlos al campo. Y rostro a tierra, se esconden, como aclamación silenciosa al Señor que avanza a la cabeza de su cuerpo. "Surge, illuminare Jerusalem". La Iglesia se está incendiando, resplandor vivo en la noche. "Ha llegado tu luz y la gloria del Señor amanece sobre ti. Mira como la oscuridad cubre la tierra y espesa nube cubre a los pueblos, mas sobre ti amanece el Señor y su gloria aparece sobre ti. Caminarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora" (Is.60,1-3).

La Iglesia está para un momento nuevo, inédito, de éxodo. Me parece que esto es lo que ha evocado el Sínodo. El Sínodo nos ha dicho que miremos más arriba, hacia la altura. ¿Y qué es más arriba? El misterio pascual, el señorío del Crucificado Señor de la gloria, la locura de la cruz. Miremos más arriba, hacia la altura. Y después bajemos ~~más~~ abajo, hacia la hondura. Pues más abajo de la organización eclesial, más o menos puesta a punto, está el misterio de la Iglesia, el misterio eucarístico de comunión, koinonía fraternal, donde los pobres sirven a la mesa. Fermento y anticipo del reino. Y entremos más adentro en la espesura. Entrar en la espesura de la historia, provisionalmente, para abrir las nuevas brechas, con el atrevimiento de los niños de quedarse con todo el misterio de la Iglesia, con todo el misterio de Cristo para descifrar todo el misterio del hombre. En pequeñas y provisionales tiendas de campaña. Para preparar la nueva transfiguración escatológica de la historia a la espera del Señor.

Termino con una expresión del Santo Padre en su discurso a los obispos europeos que me parece especialmente luminosa: "Para realizar esta obra de evangelización debemos volver, para inspirarnos, al modelo apostólico de la hora enteramente primera. Los rasgos de este modelo apostólico, enteramente primero, se encuentran -quisiera subrayarlo- allí donde Cristo, el amor de Cristo se junta con el amor de la Iglesia, con la acogida y la veneración de la Iglesia como Madre". Allí mismo se encontrará también el amor apasionado a la humanidad y a la historia de los hombres. Es hora de dejarse arrastrar por este latido vivo del Espíritu. Amanece. Pasemos a sus huellas con las marcas de la cruz. "Es el Señor". Nuestro gozo pascual interminable.